



los muros, y otros fueron asesinados en los lugares santos donde habian buscado en vano un asilo. La ciudad fué entregada al pillage, y quemada enteramente.

COMBATE DE SALAMINA.

La armada de los Persas estaba fondeada en la rada de Falera, á veinte estadios * de Atenas; la de los Griegos sobre las costas de Salamina. Esta isla situada enfrente de Eleusis ** forma una gran bahia, en la que se entra por dos estrechos: el uno al este por el lado de la Atica, y el otro al oeste por la parte de Megara. El primero, á cuya entrada está la pequeña isla de Psitalia, puede tener por algunas partes siete á ocho estadios de ancho ***, mucho mas en otras, y el segundo es mas angosto.

El incendio de Atenas causó tal impresion sobre la armada de los Griegos, que la mayor parte resolvió acercarse al istmo de Corinto donde estaban atrincheradas las tropas de tierra, y se señaló la mañana siguiente para partir.

Durante la noche ****, Temistocles se fué á ver

* Una legua corta.

** Véase el plan del combate de Salamina.

*** De setecientas á ochocientas toesas.

**** La noche del 18 al 19 de octubre del año 480 antes de J. C.

con Euribiades , generalísimo de la armada : le representó con eficacia que si en la consternacion que se habia apoderado de los soldados los conducia á lugares favorables á su desercion , no pudiendo ya su autoridad contenerlos en los barcos , se hallaria bien pronto sin armada , y la Grecia sin defensa.

Conmovido Euribiades con esta reflexion , llamó á consejo de generales. Todos se levantaron contra la propuesta de Temístocles , é irritados por su obstinacion , llegaron á decirle proposiciones ofensivas , y amenazas injuriosas. Rechazaba él con furor estos ataques indecentes y tumultuosos , cuando vió que venia á él el general lacedemonio con el baston levantado. Detiénese , y le dice sin alterarse : « Descarga ; « pero oye. » Este rasgo de grandeza asombra al esparciata , y hace reinar el silencio ; y Temístocles recuperando su ascendiente , pero cuidando de no suscitar la menor sospecha sobre la fidelidad de los gefes y de las tropas , pintó vivamente las ventajas del puesto que ocupaban , y los peligros del que querian tomar. « A- « qui , dijo , recogidos en un estrecho opon- « dremos un frente igual al del enemigo. Mas « lejos , la armada innumerable de los Persas , « teniendo bastante espacio para desplegarse , « nos cercará por todas partes. Combatiendo en « Salamina , conservaremos esta isla , donde

« hemos depositado nuestras mugeres é hijos : « conservaremos la isla de Egina y la ciudad de « Megara , cuyos habitantes han entrado en la « confederacion : si nos retiramos al istmo , per- « deremos estas plazas importantes , y vos Eu- « ribiades , tendreis que reprenderos de ha- « ber atraido al enemigo á las costas del Pelo- « oneso. »

A estas palabras , Adimanto , gefe de los Corintios , partidario declarado del parecer contrario , recurrió de nuevo al insulto , « ¿ Toca , « dijo , á un hombre que no tiene casa ni hogar , « venir á dar leyes á la Grecia ? Reserve Te- « mistocles sus consejos para cuando pueda li- « sonjearse de tener patria. — ¿ Y qué , ex- « clamó Temístocles , habrá valor en presencia « de los Griegos , para atribuirnos á crimen el « haber abandonado un despreciable monton de « piedras por evitar la esclavitud ? Miserable « Adimanto , Atenas está destruida , pero los « Atenienses existen. Tienen una patria mil ve- « ces mas floreciente que la vuestra. Esta se « halla en estos doscientos bajeles , que son « suyos , que yo mando , y que tambien ofrez- « co ; pero quedarán en estos lugares. Si se re- « husa su socorro , algun griego que me escu- « cha , sabrá dentro de poco que los Atenienses « poseen una ciudad mas opulenta , y campiñas « mas fértiles que las que han perdido. Y vol-

«viéndose repentinamente á Euribiades: á vos,
«dijo, os toca ahora elegir entre el honor de
«haber salvado la Grecia, y la deshonra de ha-
«ber causado su ruina. Yo solamente os de-
«claro, que despues de vuestra partida, noso-
«tros embarcaremos nuestros hijos y mugeres,
«é iremos á Italia á fundar una potencia, que
«en otro tiempo nos anunciaron los oráculos.
«Cuando hayais perdido unos aliados como los
«Atenienses, acaso os acordareis de los dis-
«cursos de Temístocles.»

La firmeza del general ateniense causó tal respeto, que Euribiades dió orden para que la armada no dejase las costas de Salamina.

Los mismos intereses se trataban al mismo tiempo en las dos armadas. Xerxes habia convocado, sobre uno de sus barcos, á los gefes de las divisiones particulares de que se componia su armada. Eran estos los reyes de Sidonia, de Tiro, de Cilicia, de Quipre, y otros muchos pequeños soberanos ó déspotas, dependientes y tributarios de la Persia. En esta augusta asamblea se dejó ver tambien Artemisa, reina de Halicarnaso y de algunas islas vecinas; princesa á la cual ninguno de los otros generales excedia en valor, ni igualaba en prudencia, que habia seguido á Xerxes voluntariamente, y le decia la verdad sin desagradarle. Se puso en deliberacion si se atacaria de nuevo

la flota de los Griegos. Mardonio se levantó para recoger los votos.

El rey de Sidonia, y la mayor parte de los que opinaron con él, instruidos de las intenciones del gran rey, se declararon por la batalla. Mas Artemisa dijo á Mardonio: «referid
«en propios términos á Xerxes lo que voy á
«deciros: señor, despues de lo ocurrido en el
«último combate naval, no se me acusará de
«debilidad ó de cobardía. Mi celo me obliga el
«día de hoy á daros un consejo saludable. No
«aventureis una batalla, cuyas consecuencias
«serian inútiles ó funestas á vuestra gloria. ¿No
«está logrado ya el objeto principal de vuestra
«expedicion? Sois señor de Atenas, y lo sereis
«luego del resto de la Grecia. Teniendo en inac-
«cion vuestra armada, la de vuestros enemi-
«gos, que no tiene viveres sino para pocos
«días, se disipará por sí misma. ¿Quereis ace-
«lerar este momento? Enviad vuestros barcos
«á las costas del Peloponeso; llevad vuestras
«tropas de tierra hácia el istmo de Corinto, y
«vereis á las de los Griegos correr á la defensa
«de su patria. Yo temo una batalla, porque le-
«jos de proporcionar ventajas, expondría vues-
«tros dos ejércitos: la temo, porque conozco
«la superioridad de la marina griega. Vos sois,
«señor, el mejor de los amos; pero teneis muy
«malos criados. Y sobre todo, ¿qué confianza

«podrá inspiraros ese monton de Egipcios, de «Cipriotas, de Cilicios y Panfilios, que llenan «la mayor parte de vuestros bajeles?»

Habiendo Mardonio acabado de tomar los votos, se hizo la relacion á Xerxes, quien despues de haber colmado de elogios á la reina de Halicarnaso, trató de conciliar el parecer de esta princesa con el de la mayor parte. Su armada recibió orden de adelantarse hácia la isla de Salamina, y el ejército de marchar hácia el istmo de Corinto.

Esta marcha produjo el efecto que Artemisa habia previsto. La mayor parte de los generales de la armada griega, clamaron que era tiempo de ir al socorro del Peloponeso. La oposicion de los Eginetes, Megarienses y Atenienses alargó la deliberacion; pero últimamente, previendo Temístocles que prevalecia en el consejo el parecer contrario, hizo el último esfuerzo para prevenir las resultas.

Fué un hombre por la noche* á anunciar de su parte á los gefes de la armada enemiga, que una parte de los Griegos, y á su frente el general de los Atenienses, estaban dispuestos á declararse por el rey: que los demas, llenos de espanto, trataban de una retirada pronta: que debilitados por sus divisiones, si se veian

* En la noche del 19 á 20 de octubre del año 480 antes de J. C.

rodeados repentinamente por la armada persa, se verian forzados á rendir sus armas, ó á convertirlas contra sí mismos.

Inmediatamente se avanzaron los Persas, favorecidos de la noche, y despues de haber bloqueado las salidas por donde los Griegos hubieran podido escaparse, echaron cuatrocientos hombres en la isla de Psitalia, situada entre el continente y la punta oriental de Salamina. En este sitio debia darse el combate.

Aristides, á quien Temístocles habia ganado poco antes en favor de los Atenienses, pasaba en aquel momento de la isla de Egina á la armada de los Griegos: advirtió el movimiento de los Persas; y luego que llegó á Salamina, se fué al sitio donde estaban en junta los gefes, hizo llamar á Temístocles, y le dijo: «ya es «tiempo de abandonar nuestras vanas y pueriles disensiones. Un solo interes debe animarnos hoy, que es el de salvar la Grecia: «vos, dando órdenes, y yo ejecutándolas. Decid á los Griegos que no se trata de deliberar, «y que el enemigo acaba de hacerse dueño de «los pasos que podrian favorecer su huida.» Movido Temístocles por el proceder de Aristides, le descubrió la estratagema de que se habia valido para atraer á los Persas, y le suplicó que entrase en el consejo. La relacion de Aristides, confirmada por otros testigos que

llegaron sucesivamente, disolvió la junta, y los Griegos se dispusieron al combate.

Con los nuevos refuerzos que las dos armadas habian recibido, la de los Persas ascendia á mil doscientos y siete bajeles, y la de los Griegos á trescientos y ochenta. Temistocles hizo embarcar sus soldados al romper el dia. La armada de los Griegos se formó en el estrecho del este: los Atenenses estaban en la derecha, y enfrente de los Fenicios: la izquierda compuesta de Lacedemonios, Eginetes y Megarienses, tenia delante á los Jonios.

Queriendo Xerxes animar con su presencia á su armada, se vino á colocar sobre una altura vecina, rodeado de secretarios, que debian describir todas las circunstancias del combate. Luego que se dejó ver, se pusieron en movimiento las dos alas de los Persas, y avanzaron hasta mas allá de la isla de Psitalia. Conservaron sus lineas mientras pudieron extenderse; pero se veian forzadas á romperlas á proporcion que se acercaban á la isla y al continente. Ademas de este perjuicio, se veian en la precision de luchar contra el viento, que les era contrario, y contra la pesadez de sus barcos, poco aptos para las maniobras, y que lejos de sostenerse mutuamente, se estorbaban y chocaban unos contra otros.

La suerte de la batalla pendia de lo que hi-

ciesen la derecha de los Griegos, y la izquierda de los Persas; pues allí era donde se hallaba lo mas florido de las dos armadas. Los Fenicios y los Atenenses se impelian y repelian en el desfiladero. Ariabignes, uno de los hermanos de Xerxes, conducia los primeros al combate, como si los llevase á la victoria. Temistocles estaba presente en todos los lugares y peligros. Mientras que animaba ó moderaba el valor de los suyos, se avanza Ariabignes, y hace llover sobre él, como si fuera de lo alto de un muro, una lluvia de flechas y de dardos. En el mismo momento cayó impetuosamente sobre el almirante fenicio una galera ateniense; y el joven principe indignado se lanza sobre ella, y en el momento fué acribillado de heridas.

La muerte del general difundió la consternacion entre los Fenicios, y la multitud de cabezas que allí habia, puso tal confusion, que aceleró su ruina: los barcos grandes arrojados contra las rocas de las costas vecinas, estrellados unos contra otros, abiertos por sus costados por los espolones de las galeras atenienses, cubrian el mar con sus destrozos: los socorros mismos que se les enviaban, no servian mas que para aumentar el desorden. En vano, los Cipriotas y las otras naciones del Oriente quisieron restablecer el combate: despues de una resistencia bas-

tante obstinada, se dispersaron como los Fenicios.

No satisfecho Temístocles con estas ventajas, voló con su ala victoriosa al socorro de los Lacedemonios y demas aliados, que se defendian contra los Jonios. Como estos últimos habian leído sobre las costas de la Eubea las inscripciones en que Temístocles les exhortaba á dejar el partido de los Persas, se pretende que algunos se pasaron á los Griegos durante la batalla, ó que pelearon como amigos. Pero lo cierto es, que los mas de ellos se batieron con valor, y no pensaron en retirarse, hasta que vieron sobre sí toda la armada de los Griegos. Entonces fué cuando Artemisa, cercada de enemigos, y próxima á caer en manos de un ateniense que la iba á los alcances, no dudó echar á pique un barco de la armada persa. Convencido el ateniense con esta maniobra, de que la reina habia dejado el partido de los Persas, cesó de perseguirla; y Xerxes persuadido á que el barco sumergido era de los Griegos, no pudo menos de decir que en aquella jornada los hombres se habian portado como mugeres, y las mugeres como hombres.

La armada de los Persas se retiró al puerto de Falera. Habian perecido doscientos de sus barcos, y otros muchos habian sido hechos prisioneros. Los Griegos no perdieron mas que cuarenta galeras. El combate se dió el veinte de boe-

dromion el año primero de la olimpiada setenta y cinco*.

Se ha conservado la memoria de los pueblos y de los particulares que mas se distinguieron. Entre los primeros fueron los Eginetes y los Atenienses, y entre los segundos Polícrites de Egina, y dos atenienses, Eumenes y Aminias.

Mientras duró el combate, Xerxes fluctuaba entre el gozo, el temor y la desesperacion: prodigando alternativamente promesas, y dictando órdenes sanguinarias; haciendo notar á sus secretarios los nombres de los que se señalaban en la accion, y quitando por medio de sus esclavos la vida á los oficiales que venian á él á justificar su conducta. Cuando no era ya sostenido por la esperanza ó por el furor, cayó en un abatimiento profundo, y aunque tuviese todavía suficientes fuerzas para conquistar el mundo entero vió á su armada dispuesta á sublevarse, y á los Griegos preparados á quemar el puente de barcas que habia dejado sobre el Helesponto. Una pronta huida le hubiera librado de estos vanos terrores; pero el decoro de su persona ó la vanidad, no le permitian manifestar tanta debilidad á la vista de sus enemigos y cortesanos; y así, mandó hacer preparativos para un nuevo

*El 20 de octubre del año 480 antes de J. C.

ataque, y juntar la isla de Salamina al continente por medio de un arrecife.

Despues envió un correo á Suza, como habia despachado otro cuando tomó á Atenas. A la llegada del primero los habitantes de esta gran ciudad concurrieron á los templos, y quemaron perfumes en las calles, adornadas con ramos de mirto: á la llegada del segundo, rasgaron sus vestidos, y por todas partes se oian llantos, gemidos y expresiones de interes por el rey, é imprecaciones contra Mardonio, primer autor de esta guerra.

Los Persas y los Griegos esperaban una nueva batalla; pero Mardonio no se fiaba en las órdenes que Xerxes habia dado: penetraba el interior de este principe, y no veia sino los sentimientos mas viles juntos á proyectos de venganza, cuya víctima seria él mismo; y acercándose á él, le dijo: « señor, reanimad vuestro valor: vos no habeis fundado vuestras esperanzas sobre la armada, sino sobre este ejército formidable que me habeis confiado. Los Griegos no están ahora en estado de resistir mas que antes: nada hay que pueda libertarlos del castigo que merecen sus antiguas ofensas, y la esteril ventaja que acaban de tener. Si tomamos el partido de retirarnos, seremos el objeto de la irrisión, y vos hareis recaer sobre vosotros fieles Persas el oprobio con que acaban

« de cubrirse los Fenicios, los Egipcios y demas
« pueblos que combatian sobre vuestros bajeles.
« A mi me ocurre otro medio de salvar su gloria
« y la vuestra; y consiste en volver á Persia el
« mayor número de vuestras tropas, y dejarme
« trescientos mil hombres, con los cuales redu-
« ciré á esclavitud toda la Grecia. »

Xerxes, interiormente penetrado de alegría, juntó su consejo, hizo entrar en él á Artemisa, y quiso que se explicase sobre el proyecto de Mardonio. La reina, sin duda disgustada de servir á semejante principe, y persuadida á que hay ocasiones, en las cuales deliberar es haber tomado su partido, le aconsejó volver cuanto antes á sus Estados. Debo referir una parte de su respuesta, para hacer ver el language de la corte de Suza. « Dejad á Mardonio el cuidado de acabar vuestra obra. Si sale bien, la gloria será toda vuestra: si perece ó es derrotado, no por eso vacilará vuestro imperio, y la Persia no mirará como una gran desgracia la pérdida de una batalla, cuando hayais puesto en seguridad vuestra persona. »

Xerxes no lo dilató mas. Su armada recibió orden de ir inmediatamente al Helesponto, y cuidar de la conservacion del puente de barcas: la de los Griegos la persiguió hasta la isla de Andros. Temístocles y los Atenienses querian alcanzarla, y quemar luego el puente; pero ha-